

BOLETIN DE AVISOS

PERIÓDICO DE LA TARDE

AÑO IX

NÚM 2.378

Lorca 20 de Septiembre de 1895.

PRECIOS DE INSERCIÓN

Comunicaciones en 1.ª plana 1 peseta línea
Id. en 2.ª y 3.ª « 0'50 « «
Edictos 1.ª, 2.ª y 3.ª del 1'50 á 10 « «
A JUICIO DEL DIRECTOR
Anuncios á precios convencionales. Los
pagos han de efectuarse por adelantado.

ne esa colectividad que se llama pueblo.

Pero como todo lo que es exagerado suele resultar contra productivo, es preciso no confundir el pueblo con el populacho; el artesano honrado y laborioso con el vago y el vicioso de oficio; la respetable clase que constituye el sostén más firme de la sociedad, con la detestable especie que forma en ella la hez y la polilla.

He ahí el extremo en que suelen degenerar algunos que llamándose á boca llena liberales, están muy lejos de serlo.

Los liberales de tal calibre confunden lastimosamente la democracia con la anarquía, los derechos con las extralimitaciones, la libertad con la licencia; e cantos liberales de por acá se reirán al leer esto, y cuidado que no vale señalar, señores.

Para los tales la libertad es todo; para ellos *le uom no fait rien á la chose*.

Los liberales que así proceden son unos liberales contraproducentes, á los que bien se podría llamar *liberticidas*.

Porque no hay reacción ni tiranía capaz de acabar con la libertad, como acaba con ella la licencia y el desenfreno.

K. Ceres.

CUENTO BREVE

El capitán Arvey

En la noche del 17 de Marzo de 1870, el *Normandy* hacía su travesía habitual de Southampton á Guernsey.

Una espesa bruma cubría el mar.

El capitán Harvey estaba de pie en la casilla del *steamer* y maniobraba con precaución á causa de la noche y de la niebla.

El *Normandy* era un gran buque, el más hermoso quizá de la marina del Canal de la Mancha; 600 toneladas, 220 pies ingleses de largo y 25 de ancho.

Era joven, como dicen los marinos; tenía siete años y había sido construido en 1863.

El capitán Harvey era, sobre poco más ó menos, de la edad que contaba entonces el que escribe estas líneas; tenía patillas blancas, el rostro enérgico y la mirada franca y alegre.

La niebla espesaba; el buque

había salido de la ría de Sherneaz; estaba en plena mar y avanzando lentamente.

Eran las cuatro de la mañana.

La obscuridad era absoluta; una especie de nube envolvía el vapor, y apenas se distinguían las puntas de los mástiles.

Nada tan terrible como estos navíos ciegos que avanzan en la noche.

De pronto una masa negra surgió entre la bruma. Fantasmas y montañas, promontorio de sombras avanzando sobre la espuma y horchando las tinieblas.

Era la *Mary*, gran buque de hélice, procedente de Odessa, y que llevaba rumbo á Gumbay, con un cargamento de 100 toneladas de grano; Velocidad inmensa; peso enorme. La *Mary* avanzaba directamente sobre el *Normandy*.

Con tal velocidad se deslizaban estos espantosos navíos en la niebla, que no hay medio de evitar el choque.

Son encuentros sin aviso; antes que se acabe de verlos, se ha muerto.

La *Mary*, lanzada á todo vapor, cogió al *Normandy* y por un costado y le deshizo el casco.

La avería producida en ella por el choque le detuvo.

Había en el *Normandy* 28 hombres de tripulación, una mujer de servicio y 21 pasajeros, entre los cuales se encontraban 12 mujeres.

La sacudida fué espantosa. En un instante todos estuvieron en el puente: hombres, mujeres y niños, medio desnudos, corriendo, gritando, llorando.

El agua entraba en el interior del buque con furia espantosa.

El combustible de la máquina, apagado por el agua, agonizaba.

El buque no tenía ni para salvar insomergibles; los cinturones de salvación faltaban.

El capitán Harvey, de pie sobre la toldilla, gritó:

—¡Silencio y atención! ¡Los botes al agua! Las mujeres primero, los pasajeros en seguida... la tripulación después. Hay sesenta personas que salvar.

Eran 61; pero se olvidaba de sí.

Los botes fueron echados al agua.

Todo se precipitó á ellos.

Aquella precipitación podía zozobrar.

Ockleford, el lugarteniente, y los tres contramaestres, Goodwin Bennett y West, contuvieron aquella multitud frenética de horror.

Dormir y despestar para morir, es espantoso.

Sin embargo, por encima de aquellos y de aquél ruido, se oía la voz tranquila del capitán y este bravo diálogo se cruzaba en las tinieblas:

—¡Maquinista Lok!

—¡Capitán!

—¿Cómo está la caldera?

Inundada.

—¿Y el fuego?

—Apagado.

—¿Y la máquina?

—Muerta.

El capitán gritó:

—Lugar teniente Ockleford!

—Presente—respondió el interpelado.

—¿Con cuántos minutos contamos?

—Con veinte.

—¡Basta dijo el capitán.—

Que cada cual se embarque por su turno. Teniente Ockleford, ¿tenéis pistolas?

—Sí—contestó.

—Saltad el cráneo á todo hombre que quiera pasar antes que una mujer.

Todos callaron; nadie se resistió. La multitud sentíase anonadada por la grandeza de aquella alma.

La *Mary*, á su vez, había botado sus lanchas al mar y acudía al socorro de los naufragos.

El embarque se operó con orden y casi sin lucha.

Hubo, como siempre, tristes egoísmos; pero también, como siempre, patéticos rasgos de interés.

Harvey, impasible, en su puesto de capitán, mandaba, dominaba, dirigía, se ocupaba de todo y de todos, gobernaba con calma aquella angustia, y parecía dar órdenes á la catástrofe. Se hubiera dicho que el naufragio le obedecía.

A cierto tiempo, gritó:

—¡Salvate, Clemente!

Clemente era el grumete, un niño.

El buque se sumergía ya en las profundidades de las aguas.

El transporte del *Normandy* á la *Mary* se hacía cada vez con mayor rapidez.